

«ENRIQUE DE CASTRO. EL CURA DE LOS POBRES DE MADRID»

María Martín González¹

¿Dónde reside la auténtica causa, la verdadera razón, por la que Enrique de Castro pasó de ser un sacerdote con una concepción tradicional de la religión y de la sociedad, como tantos otros, y se convirtió en uno de los más importantes **Curas Rojos** o **Curas Obreros**, en uno de los más incansables luchadores por el bienestar de los excluidos de los últimos 30 años en España?

¿Cómo, por qué y en qué momento se convierte en una de las figuras de mayor relevancia dentro del mundo de la Educación de Calle y de la lucha contra la represión social e institucional hacia los oprimidos y los marginados? ¿Dónde reside la verdad sobre la legítima labor de un sacerdote?

Los comienzos

En 1972, Enrique de Castro fue ordenado sacerdote y destinado a Vallecas para comenzar su labor sacerdotal. En ese momento, todo su mundo cambió repentinamente al sufrir un duro choque con la realidad social en la que miles de personas tienen que vivir a diario: situaciones de extrema pobreza, marginación, delincuencia, explotación juvenil y adulta, carencias afectivas, familias destrozadas, etc.

Proveniente de una familia de clase acomodada, Castro fue educado en unos ideales burgueses y conservadores. Esta ventajosa situación económica le permitió estudiar en los mejores centros. Sin embargo, en el mismo momento en el que llegó al primer destino como religioso, a Enrique se le cayó la venda de los ojos y todo aquello en lo que siempre había creído, todos los pilares básicos que conformaban sus más profundos ideales se derrumbaron bruscamente. Todos los valores, las ideas y las normas morales más básicas se desplomaron como una torre de naipes. Las ideas sociales, de funcionamiento estatal y de justicia desaparecieron y, por consiguiente, su concepción religiosa tradicional también desapareció con ellas. Todo esto, puede llegar a mostrar una pequeña parte de la vertiginosa caída que sufrió el cura.

Mi punto de partida era religioso y mi educación claramente burguesa. Para entendernos, me producía cierto desasosiego la radicalidad de su toma de postura dentro de la lucha de clases que ponía en entredicho mi formación y pertenencia a un mundo manifiestamente odiado por ellos ideológicamente. Burgueses, explotadores, militares, fachas, enemigos suyos institucionales, iban apareciendo ante mí como lo que había sido mi marco de vida hasta ese momento (...). Sin embargo no me iba a costar demasiado entender y asu-

1. Licenciada en Pedagogía y alumna de segundo curso de doctorado en Pedagogía (Universidad Pontificia de Salamanca).

*mir la nueva vida que se abría ante mí por la riqueza de valores humanos en aquellas relaciones, en el compromiso laboral y social y en la dedicación a la gente del barrio, todo ello unido a mi descubrimiento anterior de que la fe no se podía reducir a un conjunto de creencias y prácticas religiosas*².

Así pues, Enrique decidió cambiar la opción de vida por la que en un principio había optado y dedicarla a los más necesitados, a los “olvidados” por la sociedad. Pero no podía cambiar de rumbo sin cambiar todas aquellas creencias en las que anteriormente sustentaba la fe, y la fuente de conocimiento en la que basó todos los nuevos cimientos teológicos e ideológicos, y la nueva concepción de la palabra del evangelio la encontró en la calle, en aquellas personas que sobreviven como pueden.

Se dio cuenta, en primer lugar, de que no era él quien venía a ayudarles ni a enseñarles los valores y las normas de conducta que debían seguir, sino que era él mismo el que estaba allí para aprender de ellos, para ser ayudado por ellos, por los desheredados sociales.

Y, gracias a ellos, obtuvo la fuerza necesaria que le condujo a comprender el auténtico significado de la palabra de Jesús, significado que convirtió definitivamente en la doctrina moral que llevó a la práctica a partir de ese momento. La dedicación plena al pobre, la lucha por las injusticias sociales, la oposición al poder y a los poderosos que oprimen y someten al ser humano y que impiden a éste desarrollarse plenamente, la desesperada pelea por la libertad del individuo, por la pérdida del miedo, por la felicidad, por el sueño de una vida y una sociedad mejor en la que desaparezcan siervos y señores, en la que el **amor** sea fuente y consecuencia de todo, en definitiva, la **lucha por la utopía**.

Se deshizo de todos los lazos sociales que le sometían y le convertían en un individuo sumiso y esclavo del poder, perdió el miedo y, desde ese mismo instante, comenzó verdaderamente a **vivir**: *El miedo nos convierte en marionetas y hace que no vivamos la vida sino que la vivan por nosotros*³.

Parece haber en Enrique una mezcla entre Lorenzo Milani, aquel ya olvidado cura italiano que tantos problemas causó a los fascistas y a los comunistas de su tiempo, y Paulo Freire y la concientización. De la misma manera que estos dos educadores, Castro centró todo su esfuerzo, desde el principio, basándose en todo momento en el Evangelio, en conseguir que los vecinos del barrio de Vallecas tuvieran un pensamiento **autónomo y crítico** para que pudieran pensar y vivir libremente, intentó dotarles de la capacidad para distinguir lo justo de lo injusto, y les proporcionó las herramientas culturales necesarias para luchar por sus derechos⁴.

2. Enrique DE CASTRO. *Dios es ateo*, Ediciones del Quilombo, Madrid, 1997, 31-32. En adelante *Dios es...*, Oc.

3. Entrevista inédita a Enrique DE CASTRO. 03-11-2003. en adelante *Entrevista a...Oc.*,

4. *Yo me encuadro en un grupo que destaca más la tarea educativa: que la gente despierte, tome conciencia, analice críticamente la realidad a todos sus niveles y tome sus opciones lo más libremente posible.* (Enrique DE CASTRO. *Hay que...?*, Oc., 9).

La parroquia fue el instrumento y el lugar de encuentro para la difusión del nuevo espíritu de lucha que pretendía transmitir a todos los vecinos del barrio. La eucaristía tomó un valor educativo de concienciación y lucha social, siempre partiendo de las enseñanzas de Jesús en el Evangelio⁵. Para ello, era necesaria una remodelación de la estructura de la Iglesia, que favoreciera el diálogo⁶. De este modo, comenzaron las misas dialogadas, dotadas de una gran carga sociopolítica, programadas para la una del mediodía, primer símbolo manifiesto de una nueva Fe. El drástico replanteamiento de la fe, trajo como consecuencia que Castro realizara una comparación entre la visión tradicional de la religión y de Dios y la suya propia. En ella observó toda la hipocresía y las contradicciones en las que la Iglesia se sustenta. La religión institucionalizada, para Enrique, no es otra cosa que un negocio en el que, el poder eclesial se asocia convenientemente con el poder político y, por medio del engaño, la jerarquía eclesiástica y la política oprimen al pueblo con un único fin egoísta, el de conseguir un gran poder, el poder de la dominación moral y social que, por medio del miedo a la condenación eterna en un caso, y por el del encarcelamiento en el otro, someten al individuo, convirtiéndolo en un ser sumiso, y permitiendo así que ese poder obtenido por la iglesia y por el estado se perpetúen en el tiempo. El hechicero de la tribu, el primer sacerdote que existe, hace una serie de ritos para salvar a su pueblo. Pronto, el hechicero y el jefe de la tribu se ponen de acuerdo, siempre ellos dos. Por tanto, lo que descubre el jefe es que si tiene al sacerdote de su lado lleva al pueblo donde quiera, tanto es así, que en la mayoría de las religiones se llega a divinizar: los egipcios hacen dios al faraón, los romanos al emperador; la iglesia no hace dios al emperador, pero sí hace que el emperador sea vencido por el Papa. En Europa cualquier líder político o Rey tenía que ir hasta el Papa para ser vendecido por él. Eran dos poderes casados⁷.

La iglesia –según Enrique–, teme que el ser humano descubra lo que realmente dijo Jesús, que el ser humano deje de tener miedo, que obvie los bienes materiales que posee y que sea capaz de pensar por sí mismo sin temor a las represalias porque, si esto se lograra, esa gran institución que han formado algunos hombres para enriquecerse gracias a las personas se destruiría y perdería todo el poder económico, social y moral del que goza.

Por eso, la religión, cualquier religión, está interesada en que los individuos sigan estando quietos, sumisos ante todas las acciones que llevan a cabo para aumentar el poder del que gozan. Para ello, inventan y crean infiernos y castigos divinos

5. Cfr. Enrique DE CASTRO. *Dios es...*, Oc., 55.

6. *Lo primero fue colocar el altar en el centro del templo, en su sentido apaisado, ya que éste era de forma rectangular. Dos filas de bancos enfrentadas a los lados del altar, dos yuxtapuestas y centradas delante de éste y otras dos en ángulos que quedaban entre la nueva bancada central y las laterales (...) colgamos el gran Cristo por los brazos de la cruz con dos sogas, sujetando el pie a la pared, quedando el Cristo detrás del altar, un poco inclinado y en gesto asombrado por su nueva ubicación.* (Idem., 44).

7. *Entrevista a...*, Oc., pág. 6.

para todos aquellos que intentan luchar, cielos para los que “sean buenos”, milagros, confesiones, que otorgan seguridad y grandes templos repletos de riquezas e imágenes a las que rendir culto donde pretenden “encerrar a Dios”. En definitiva, se convierten en intermediarios entre Dios y el hombre que ansían enriquecerse de los “temerosos de Dios” tergiversando, con fines codiciosos, la palabra de Jesús⁸.

Religión, fe y lucha social

Sin embargo, para él, la fe es algo completamente diferente; la fe es esperanza y lucha. La esperanza es la que conducirá al individuo a perder el miedo y a obtener seguridad para poder luchar por lo que, de hecho y por derecho, le pertenece como individuo, la justicia. Esta lucha no es egoísta, sino que conlleva un espíritu de solidaridad con el resto de los individuos necesitados e injustamente tratados por la sociedad.

Y esto es lo que ha llevado a Enrique a la eterna búsqueda de la **utopía**, la lucha infatigable por cambiar la sociedad, por eliminar las injusticias, porque la sociedad despierte, algo que sólo es posible cuando se enciende la llama de la esperanza. Únicamente cuando la meta es la utopía se logran fines cercanos a ella, y la lucha se convierte en algo incansable e imparabile⁹.

Y este espíritu de lucha se **contagia** por medio del amor incondicional e ilimitado que Jesús predicó a los hombres. *Un acercamiento tuyo hace que los demás se acerquen, como cuando hay un enfermo tirado en la calle y se acerca una persona, eso hace que lo hagan muchos más*¹⁰.

En definitiva, es evidente, que la interpretación del Evangelio que Enrique de Castro ha realizado, posee un intenso tinte sociopolítico. *La fe (...) es, por tanto, social y política*¹¹. A partir de entonces y, Consecuentemente, su trabajo comenzó a centrarse en la **lucha social**, siempre basada, como todo lo que hizo y todavía hace, en la palabra de Jesús.

Los desheredados

Con una firmeza y un tesón imparables, Castro volcó, desde el principio, toda su existencia a la ayuda de los desheredados sociales. Infatigablemente, luchó por una sociedad más justa para ellos. Logró realizar la utopía, utopía que se traduce, por tanto, en el contagio y en el “despertar” del individuo oprimido por el poder, que le permita “plantar cara”, alzar su voz ante sistema establecido y luchar por lograr que el grito de esperanza sea escuchado. Por cada una de las personas que despabilan y consiguen de la sociedad algo que de hecho y por derecho le pertenece, la utopía se hace realidad.

8. Cfr. Enrique DE CASTRO. *Dios es...*, Oc., 58-78.

9. *La utopía es posible si, por ejemplo, hoy haces que una persona se libere, salga adelante, se sienta acogida, la utopía se ha hecho presente en esa persona o en ese grupo en ese momento, por tanto, es realizable.* (Entrevista a..., Oc. El subrayado es mío).

10. *Ibid.*

11. *Idem.*, 64.

Es simple, por consiguiente, el mensaje que Enrique de Castro pretende transmitir; se trata pues, de una llamada incesante al inconformismo, a la insumisión social, a no dejarse manipular por el poder social, por ningún tipo de poder. Y todo ello, apoyado en el Evangelio en el que sustenta todo su mensaje de lucha.

*Iba descubriendo, en la compleja unidad personal que somos cada uno, como fuerzas distintas que están actuando y que no delimitas claramente en ese estado que llamamos de consciencia. El carácter, la sensibilidad, la cultura heredada, la realidad que se te va imponiendo, el deseo de ser alguien, **la fe como motor de esperanza**, la influencia del grupo. No sé cuál de esas fuerzas influye más en cada momento determinado, pero unas y otras, pura e impudicamente mezcladas, empujan y arrastran. ¿Cómo abandonar todo lo que hemos ido construyendo en estos años, gozo y cansancio, comunión y soledad? Y ahí está delante la cruda realidad de nuestro barrio, las vidas a trompicones de estos chavales, de la abuela Felicia, de las mujeres en búsqueda de motivaciones, de los parados perplejos tras el espejismo consumista, de los gitanos sobreviviendo entre la civilización paya y el culto a la falseada virginidad de sus muchachas y a sus muertos. Entonces afirmo mi fe en ese hombre Jesús que cree más en la fuerza de la vida que en la fuerza del poder, en la de la prostituta más que en la del piadoso fariseo, en la del marginado más que en la del templo. ¿Por qué se encontró con Dios y le descubrió como padre amigo? ¿o fue ahí donde se encontró con Dios? Pero a veces también el amor propio es lo que más impulsa a seguir adelante. Orgullo y fe. Afecto e ideal. Amor y cólera. Limpio y bastardo. Al mismo tiempo¹².*

Sosteniendo todo el pensamiento en la fe, pero no en la fe que el culto religioso profesa, sino en la fe ciega en la humanidad, Enrique de Castro lleva la esperanza al hombre. Toma el testigo que Jesús dejó, y pugna porque a todos les sea devuelta la esperanza perdida en la comodidad y el conformismo que la sociedad aporta.

Se puede afirmar, en consecuencia, que la lucha que Castro efectúa, desde el inicio, está dirigida contra las instituciones poder, instituciones que se encuentran al servicio de la sociedad, que reprimen al individuo y que le impiden vivir su propia vida. Y estas mismas instituciones, demostrando una permanente desaprobación hacia el trabajo del cura, intentan firme e incesantemente frenar la labor educativa de lucha y de concientización social del individuo. *Alguno de ellos (referido a un policía) ha venido incluso a advertirme que otros policías me querían quitar de en medio, que tramaban contra mi vida en la comisaría de Entrevías¹³.*

Y todo este control y represión, todas esas torturas y la corrupción, que parecen, según Enrique, inherentes al sistema y a las instituciones, denunciadas desde hace treinta años por este cura obrero, vienen acompañadas por los instrumentos que ese mismo poder establecido utiliza para silenciar a la voz del pueblo, es decir, las drogas y los medios de comunicación social. Ambos, para el cura, son armas al servicio del Estado para silenciar a la masa y conseguir que permanezca sumisa y obediente ante las acciones que el poder ejecuta. *Para mi droga es todo aquello que somete tu voluntad, y los medios de comunicación no sólo te la someten sino que también*

12. Enrique DE CASTRO. *Hay que...?*, Oc., 105. (El subrayado es mío).

13. *Entrevista a...*, Oc.

te la manipulan. La droga te deja anulado bien orgánicamente o bien mentalmente para que te manipulen¹⁴.

Aunque para Enrique, por otro lado, los medios de comunicación social no sólo son un método de sometimiento y sumisión del individuo, sino que, también son una institución represora que manipula la realidad con el fin de conseguir, no sólo “dormir” al individuo, sino que también hacen negocio de ello. Y *Antonio Mercero (...) me indicó con ironía que lo importante era que se habían agotado dos ediciones de la revista en un día. Todo se asume, todo se orquesta y todo queda en casa... de ellos (...). Ellos crean una figura, la promocionan y luego la venden. Lo de menos es la realidad social, el mundo marginal, sino de dónde sacar un personaje (...). Nos han buscado desde entonces para temas relacionados con la marginación, las cárceles, niños desatendidos, jóvenes con problemas de drogadicción... pero no para ir a las raíces de los problemas, sino para vender morbo*¹⁵.

En definitiva...

La clave de la labor de Castro reside en que, partiendo de la observación de la existencia de seres humanos que sobreviven sin poseer la más mínima protección social, sin tener ni si quiera las mínimas necesidades materiales cubiertas y estando envueltos en espeluznantes situaciones familiares, encontró la clave de las enseñanzas evangélicas: la dedicación del ser humano a la ayuda de los más desfavorecidos.

La visión tradicional del mundo y de la vida con la que llegó a la parroquia y el *choque con la realidad* que sufrió allí, supusieron para Enrique una dura guerra ideológica interna en la que los planteamientos anteriores debían cambiar para poder acomodarse a la nueva situación en la que comenzaba a vivir. Para la nueva filosofía de vida fue determinante la unión de Enrique a un grupo de curas obreros de la zona con los que comenzó la lucha social.

Castro concluyó que el culpable directo de las situaciones vividas por la gente del barrio es la sociedad y, dentro de ella, más concretamente, las instituciones sociales.

La dedicación plena a los desheredados, fundamentada en la Palabra de Cristo y complementada por la crítica institucional, se centró desde el principio, en el intento de “despertarles” de la opresión social a la que están sometidos para poder perder el miedo que les inculca el sistema y luchar por lo que les pertenece. Pretende devolverles la fuerza que les han usurpado para que pueda renacer la esperanza en ellos.

En esto consiste la utopía del cura, en lograr eliminar las injusticias sociales, el miedo y la sumisión social por medio del amor, la lucha, la solidaridad y la fe entendida como esperanza, y todo ello, acompañado por el contagio a todos los seres humanos.

Sin embargo, todos estos planteamientos se radicalizan en el momento en el que Enrique de Castro descubre a aquellos que más sufren las consecuencias de las injusticias de la sociedad, los jóvenes marginados.

14. Idem., 20.

15. Enrique DE CASTRO. *Dios es...* Oc., 204.

Si en el pasado el objetivo de Castro fue intentar cambiar el sistema con el fin de hacerlo más justo para todos, a partir de aquel momento, el cambio social que propone es el de la destrucción completa de todo el sistema social para poder comenzar de nuevo desde el principio.

La convivencia con los chavales supuso para Enrique el descubrimiento de una nueva forma de vivir, de pensar y de actuar. Estos muchachos, caracterizados por las graves carencias económicas, socioeducativas y afectivas pasaron a ser el eje central de la vida del cura.

Los jóvenes por los que Enrique entrega la vida han sido privados desde la infancia del amor y el cariño familiar por lo que, durante la adolescencia se agrupan y protegen entre ellos con objeto de conseguir cierto sentimiento de seguridad, viviendo únicamente el momento presente, tomando la calle como lugar de encuentro y la violencia como instrumento de defensa y de obtención de poder.

La solución para ellos es, según Enrique, proporcionarles el amor, de manera incondicional, del que nunca han gozado. Por medio de ese amor se consigue que crean en ellos mismos y recuperen la fuerza y la autoestima necesaria para luchar por sus derechos, siempre con paciencia, confianza y apoyo, pero sin olvidar que, para que sea duradera la estabilidad de los muchachos es necesario que posean un empleo que les permita obtener una autonomía.

Sin embargo, toda la confianza y autoridad moral que los chicos le otorgan y de la que presume, es un instrumento peligroso debido a que puede convertirse en una relación de dependencia de los jóvenes hacia el cura que, aunque Enrique sostiene que no es algo malo dado que incluso los niños dependen de sus padres, llevada al extremo puede llegar a ser algo perjudicial para ellos.

Mantiene una actuación proselitista desde hace años, algo que el propio Enrique niega, convenciendo a los jóvenes a su cargo de que su opción ideológica es la correcta –también es cierto que si él mismo no cree que lo que hace está lleno de sentido y validez, su vida carecería de sentido. Como el Padre Llanos afirma en el prólogo de *¿Hay que colgarlos?. Una experiencia sobre marginación y poder: También el cansancio, la inseguridad y hasta vergüenza de quien necesita apoyarse en su propia sombra para seguir*¹⁶-. En cierto modo, se puede decir que Enrique “utiliza de rehenes a los chavales para sus propios fines de crítica social”.

Quizás, el propio Castro sea como las propias instituciones, al intentar suscitar en los muchachos el mismo miedo a las instituciones que ellas mismas, como dice Enrique, infunden a los seres humanos.

No obstante, gracias a personas como Enrique de Castro, algunos de esos individuos logran salir de las situaciones de necesidad en las que viven. Él ha sido lo suficientemente valiente como para dedicar su vida a aquellos a los que nadie quiere cerca, aquellos a los que la sociedad abandonó en la cuneta.

16. Enrique DE CASTRO. *Hay que...?*, Oc., 8